

espíritu me parecía superior al de un hombre, y que poseía ya los dotes de las inteligencias celestes: todo esto acompañado de un celo, de una caridad, de una compuncion, que me enternecian al mismo tiempo que me admiraban.

Hubiera sido menester que yo fuera un monstruo, una piedra insensible, para no sentirme conmovido con tan fuertes impulsos. Pero no: Dios me hacia la gracia de sentir sus efectos. Su fuego me abrasaba, sus lágrimas excitaban las mías, su dignidad me imponia respeto, sus afectos me penetraban, y bendecia á Dios por haberme dado un director tan digno de aquel sublime ministerio.

Así pasamos todos aquellos dias en una repetición incesante y siempre variada de afectos, exclamaciones y jaculatorias; y al despedirse de mí la noche del sábado me dijo: Id, señor, á acostaros entre los brazos del Dios que os espera. Ya entre su bondad y vuestro corazon no hay mas distancia que el intervalo de esta noche. Reposad con la dulce expectativa de que la aurora vendrá para alumbrar vuestra felicidad. Si alguna vez despertais, vuestra primera idea sea decir: Es verdad que yo voy á recibir á mi Dios? Antes de entregaros al sueño llamad á vuestros padrinos y patronos, y haced lo que la Esposa de los Cantares, que mientras ella dormia, su corazon velaba.

Mañana te contaré lo que me pasó en aquel grande día. A Dios por hoy, Teodoro mio.

## CARTA XXIX.

### EL FILÓSOFO A TEODORO.

**L**LEGÓ por fin, Teodoro, este dia tan deseado: este dia destinado por el cielo para completar mi felicidad. Yo pasé la noche en una dulce tranquilidad, con la idea de que presto se cumpliria tan amable esperanza, y habia procurado practicar cuantos consejos é instrucciones me habia dado mi digno conductor. Este vino mas temprano que lo que acostumbraba. Le ví entrar en mi aposento con un aire modesto y recogido; pero me pareció que traia un aspecto mas dulce y sereno. Sus ojos brillaban con una alegría visible, y parecia queria decirme: Ve aquí el momento de vuestra dicha, y el término de vuestras penas. Yo me preparaba á seguirle, pero él sentándose y haciéndome sentar, me dijo: Deseo aun hablaros antes de que os acerqueis al altar.

Nosotros somos dos pobres mortales, dos miserables pecadores, y con todo estamos convida-

dos, y vamos á presentarnos á la mesa del Señor. Ve aquí pues el momento en que debe excitarse de nuevo nuestro corazon á los mas vivos afectos de amor. Sin duda que reconocemos nuestra indignidad; pero pues el Dios de misericordia se ha dignado escogernos, pues nos ha dado el tiempo y los medios, pues nos está esperando, ¿cómo dejarémos de aprovecharnos de tan sumo don? ¿Y cómo, si consideramos los muchos bienes que nos vendrán con él, no tendrémos un deseo ardiente, una hambre santa de comer este pan celestial? Este deseo, esta hambre, son la mejor disposicion que podemos llevar para recibirle dignamente y sacar mas fruto.

El corazon humano grosero, en que solo producen efecto los objetos sensibles, se enciende dificilmente en afectos tan vivos con las ideas espirituales que la fe presenta, y que solo puede percibir el alma; pero la misma fe ayudada de la gracia, le puede inflamar, cuando se detiene á considerar los efectos de este Sacramento, y las asombrosas mutaciones que suele producir en los que le reciben con la preparacion que se debe. Por eso ántes de que nos lleguemos á la santa mesa, me ha parecido haceros algunas reflexiones, tomadas tambien del venerable padre Granada, y que podrán excitaros mucho en esta ocasion.

Sabed, dice, que como Dios por su bondad

opuso al primer hombre, que fué la causa de todos nuestros males, un segundo hombre, que es Jesucristo, fuente y principio de todos nuestros bienes; así opuso al fruto funesto del árbol vedado que nos ha perdido, otro fruto celestial, que es el divino Sacramento, fruto del cielo que sirve de remedio á todos esos daños. Y como por la obediencia del segundo hombre nos hemos liberado de todas las desgracias que nos acarreó la desobediencia del primero; así todos los males que nos produjo aquel alimento funesto, se sanan con este pan divino.

Este Sacramento, pues, es un antídoto saludable que inventó la caridad divina para curar á todos los hombres del pestilencial veneno con que la antigua serpiente los habia infestado. Y para comprender bien cuántos bienes nos comunica esta vianda celeste, basta considerar los innumerables y terribles males que nos causó aquella mortífera vianda, teniendo presente que Dios instituyendo este augusto misterio mudó la maldicion en bendicion; pues que hablando del primer fruto, dijo: En el instante que comieres morirás; y del segundo ha dicho: El que comiere este pan vivirá eternamente.

¿Y cómo no esperará hallar en este convite la eterna vida el que reflexione que come la misma carne de Jesucristo unida al Verbo Divino? S. Juan Damasceno dice, que como el Verbo de Dios

eterno es el principio y la fuente original de toda vida, pues ha dado á todos el ser, desde que se unió con la carne humana hizo su propia carne vivificante, de modo que esta carne unida al Verbo comunica la vida á todo lo que toca: así, no siendo otra cosa el Sacramento que la carne de Jesucristo unida á su divinidad, posee toda su virtud, grandeza y poder.

Reflexionad pues, señor, lo que debe pasar en vuestra alma cuando este divino Redentor entre en ella. Considerad los efectos que debe producir esta carne celestial, animada con el alma de Jesucristo y consagrada con la inefable union de su ser divino. Es Dios hombre el que viene á vuestro corazon con todos los méritos de su santa humanidad, y con toda la plenitud de su divinidad. ¿Y á qué viene? A tocar con su carne la vuestra y comunicarla su propia vida, á llenaros de su presencia, á alentaros con su misericordia, á lavaros con su sangre, á derramar sobre vos la uncion de su gracia, á vivificaros con su muerte, á iluminaros con su luz, á encenderos con su amor, á acariciaros con su dulzura, á desposarse con vuestra alma y unirse con ella, á haceros participante de su espíritu y de cuantos méritos adquirió en la cruz, ofreciendo esta misma carne con que os regala.

Por eso con este divino sacramento vos concebis de nuevo mayor odio á los pecados pasados,

quedais fortificado para lo venidero; vuestras pasiones se debilitan, vuestras tentaciones se disminuyen, vuestra devocion se inflama, vuestra fe recibe nuevas luces, vuestra caridad nuevos ardores; vuestra esperanza crece, vuestra flaqueza se transforma, vuestras fuerzas se reparan, vuestra conciencia se serena; vais á ser participante de los méritos preciosos de Jesucristo, y á recibir una prenda de la vida eterna.

Sabed tambien que este es el pan que da valor á los pusilánimes, que sustenta á los caminantes, que levanta á los caidos, que anima á los cobardes, que da armas á los valientes, que alegra á los tristes, que consuela á los afligidos, que instruye á los ignorantes, que enciende á los tibios, que despierta á los perezosos, que sana á los enfermos, y que es el único remedio en todas las dolencias, y el mas seguro recurso en las necesidades. ¿Quién pues que reflexione sobre los maravillosos efectos que produce este inefable sacramento, y sobre el amor y liberalidad con que nos le reparte nuestro adorable Redentor; quién, digo, será el que no desee tan inmensas riquezas? ¿quién será el que no tenga hambre de alimento tan soberano?

Y vuelvo á deciros, que la consideracion de vuestra indignidad no debe acobardaros ni entibiar el ardor de vuestra alegría; porque aunque este sacramento sea tan augusto y santo, debeis

tener presente que es el tesoro que se ha descubierto para socorrer á los pobres; que es la medicina que se ha ordenado á los enfermos; que es el remedio destinado á los necesitados, y un gran festin que se prepara á los hambrientos.

Inferid de aquí con cuánta confianza, con qué hambre, consuelo y deseos debeis venir á recibir al Señor, que va á llenaros de favores. Acordaos del ardor con que le deseaban los patriarcas, y cómo penetraban el cielo con sus gritos, pidiéndole que viniese este Mesías, tan deseado de las naciones. El que vais á depositar en vuestro seno es el mismo que vino al mundo y viene á hacer en vos lo que hizo en el mundo. El le trajo la vida de la gracia, y viene á dar á vuestra alma la misma vida.

Pero para usar de una comparacion mas familiar, figuraos cuál será el impaciente ardor de una muger, que pobre y cargada de hijos aguarda la llegada de su marido que vuelve de las Indias con inmensas riquezas, y que espera gozar en su compañía de honor, de reposo y de toda especie de consuelos. Juzgad si vuestro deseo no debe ser mas vivo, pues esperais recibir al casto y dulce Esposo de vuestra alma, que no viene de las Indias, sino del cielo con todas sus riquezas para llenaros de dones inmortales. Esta consideracion debe animar vuestro fervor. Vamos, pues, señor: el Espíritu Santo nos dirija,

nuestros padrinos y protectores nos acompañen, y el mismo Dios que vamos á buscar se sirva de inspirarnos su amor.

El padre se levantó, y yo le seguí á la acostumbrada capilla. Yo iba, Teodoro, como enagenado; mis sentidos y todas las facultades de mi alma estaban en una suspension absoluta. Apenas podia percibir mi propia existencia. Las ideas atropelladas que cruzaban por mi imaginacion me embargaban de tal modo, que no podia distinguir ni perfeccionar alguna. La vista del padre ya revestido en el altar, me despertó del letargo, y conocí que ya era tiempo de prepararme á momento tan decisivo. Hacia esfuerzos para recordar todo lo que el padre me habio dicho, y todo lo que mi razon me decia; pero tantas especies juntas me confundian, y las unas ofuscaban á las otras.

A pesar de mi turbacion interior, de este desorden y confusion de mis ideas, yo entreveia en el fondo de mi alma un sentimiento íntimo, que nacia de mi corazon. Mi razon no podia formar discursos, no podia separar las especies; pero mi alma las sentia, y me parecia que en este silencio ó embargo de mi entendimiento no estaba muerta la sensacion de mi corazon. Me rayaba una luz, aunque lejana, penetrante, y veia con ella mi propia indignidad, y la misericordia de la inescrutable Magestad que se dignaba descender

hasta mí. Entre los sentimientos de horror é indignacion que concebía contra mis errores insensatos y mis pasiones odiosas, brujuleaba un rayo dulce de plácida esperanza. Sentía un consuelo placentero con la idea de que todo aquel mal iba á ser reparado.

El ruido de la campanilla en el momento de la elevacion me volvió á despertar. Con el golpe de aquel toque me dió un vuelco el corazón; yo me dije atropelladamente: Ve aquí mi Dios, mi Dios que viene á visitarme. Me sentí anonadado y confundido delante de la suprema Magestad del cielo, y me postré hasta lo mas profundo de la tierra, considerando mis iniquidades, y los largos errores de mi vida. Postrado y aterrado hubiera querido huir de mí, y agravado de mi inveterada corrupcion, no me atrevia á fijar mis ojos en el Dios de la pureza y sinceridad. No dudaba que estaba allí presente, que me veía, y que habia venido por mí. No podia acordarme de nada de lo que habia aprendido y habia pensado para este lance; todo se trastornaba en mi memoria. La razon no me gobernaba, y solo me dirigia un sentimiento tan vivo como poco ilustrado; sentimiento en que me parecia haber humildad, pero que estaba acompañada de terror.

Otro toque de la campanilla me avisa de que ya llega el momento precioso: levanto los ojos, y veo al sacerdote que vuelto á mí, y con la hostia

en la mano pronunciaba ya las palabras sagradas con que la Iglesia implora la misericordia divina, para que nos perdone los pecados.... Cuando ví al sacerdote que dirigiéndose á mí con la hostia en la mano, me dijo: *He aquí el Cordero de Dios, he aquí el que quita los pecados del mundo*, una nueva turbacion se apoderó de mi alma. No podre darte razon de lo que pasaba entónces por mí mismo: tan fuera de mí estaba. Solo sé que sin saber cómo, y casi maquinalmente abrí la boca mas inmundada, que el ministro puso en ella el pan del cielo, y que el Dios de bondad entró en el mas perverso de los corazones....

Muchos momentos pasaron ántes de que yo pudiera reconocirme y salir de aquella especie de estupor, con que estaban como en suspension todas mis facultades. Poco á poco el tumulto de mis ideas se fué sosegando, y yo empecé á distinguir las con mas claridad; pero ¿quién podrá individualizar su inexplicable multitud? La primera que se me presentó con gran viveza fué una rápida comparacion de mi estado presente con aquel en que me hallaba pocos dias ántes. No podia concebir ¿cómo en tan poco tiempo habia podido consumir la omnipotente bondad de Dios una tan grande operacion! ¿cómo el que un mes ántes era un prodigio de incredulidad y disolucion, podia verse ahora al pié de los altares, y con su Dios en el pecho!

Admiraba esta providencia soberana, que con medios dispuestos por su sabiduría me había traído á esta casa, en donde con una liberalidad tan gratuita como poco merecida me había dado el tesoro de la fe, me había conducido á la penitencia, y perfeccionado su obra, dándome con el perdón y su gracia el mas inefable de sus dones, que es su cuerpo precioso y su divina sangre. Esta transformacion tan completa y consumada en tan pocos dias, me trasportaba de gozo, me llenaba de admiracion, y me hacia arder en afectos fervorosos de adoracion y gratitud.

Ya pude entónces recoger y encuadernar en mi mente todas las especies religiosas de que me había instruido mi director. Levanté mi corazón á Dios de quien me venía tanto bien, y le ofrecí con su Hijo amado, que estaba ya en mi seno, un sacrificio de alabanza, le presenté la hostia divina que acababa de dar la vida á mi alma, y le supliqué por ella, que no solo perdonara mis pecados, sino que me llenara de virtudes; en fin procuré ejecutar todos los actos que me habían enseñado, y que me inspiraba mi corazón reconocido.

Pero en medio de este ejercicio volvía siempre los ojos hácia mí, y con un consuelo inexplicable, con una alegría de un género nuevo, y que experimentaba por la primera vez, me decia á mí mismo: ¡Qué! ¡mi Dios está conmigo! ¡Ya soy

cristiano! ¡Ya soy del pueblo santo! ¡Ya soy del linage de los escogidos! ¡Ya soy hijo de la Iglesia, miembro vivo de Jesucristo! ¡Ya no soy objeto odioso á los ojos de Dios! ¡Ya no contristo á los bienaventurados! ¡Ya los santos de la tierra me miran como su hermano! ¡Ya estoy rescatado! ¡Ya tengo en mí el principio de la vida, y puedo esperar que un dia seré compañero suyo, y de los felices que gozarán del esplendor divino por toda la eternidad!

Estas y otras ideas de la misma naturaleza me trasportaban. Yo hubiera querido hacer al universo testigo de mi felicidad para que se aprovechara; yo hubiera querido hacer que todos conocieran á este Dios de misericordia, que les podía hacer los mismos bienes; y sobre todo desengañar á los filósofos insensatos para que saliesen del abismo de miseria de que yo acababa de salir.

Te aseguro, Teodoro, que hasta entónces no había conocido lo que era un gozo tan puro, y la verdadera alegría del corazón. ¡Con qué ojos tan diferentes veía ya todas las cosas de la tierra que tanto me habían alucinado! ¡Qué frívolos me parecían los honores! ¡qué despreciables las riquezas! ¡qué odiosos y péfidos esos groseros placeres de que vivía ántes tan ansioso! Si la imaginacion me los presentaba, mi corazón los repelia con horror, porque al mismo tiempo que

sentía su fútil y alevosa dulzura, penetraba su malicia, y los efectos funestos que producen.

Pero cuando levantaba mi vista al cielo, y contemplaba la magestad de su Soberano, la presencia del Dios de la hermosura, la compañía de sus felices escogidos, la no interrumpida serie de aquellos placeres puros y siempre renacientes, de aquellas delicias que no acaban, y del perfecto contento del alma inmortal que los debe gozar eternamente; toda la tierra me parecía estiercol, lloraba mis antiguos errores, y compadecía á los que yacian todavía en los errores y las sombras de la muerte.

No sé cuánto tiempo duró este extático embleso de mi alma; pero infiero que seria muy largo, así por la multitud de ideas que recorrí, como porque fué preciso que el padre me levantasé del brazo, y dijese: Ya es tiempo, señor, que nos vamos. En efecto me puse en pié; pero me sentí tan inundado de consuelo, tan arrebatado del gozo, que sin considerar que estaba en la capilla, indeliberadamente le eché los brazos al cuello, diciéndole: Hombre de Dios, á quien debo mil veces mas que á mi padre: admirad conmigo las misericordias del Señor, ayudadme á darle gracias, y pedidle que sostenga mi flaqueza.

El padre recibió esta efusion sensible de mi corazón con su dulce y modesta caridad: me estrechó entre sus brazos, juntó sus santas mejillas

con las mias, y me respondió con una expresion enterrecida: *Bendito sea el inmenso, omnipotente, santo Dios de Israel, sumo y eterno, que piadoso ha visitado á su pueblo, y le ha librado de duro cautiverio.* Y despues de haberme dicho otras muchas cosas de edificacion, me dijo: Vamos á vuestro cuarto.

Yo le seguí; pero, Teodoro, ¿qué diferente de mí mismo! No era aquel mortal grosero que cargado con el peso de sus delitos, y uncido con el yugo de sus pasiones, se arrastraba pesadamente sobre la tierra, en que tenia únicamente puestas sus esperanzas; era un espíritu ligero, que descargado de todo peso inútil, pretende volar al cielo con las alas de la esperanza y del amor. En efecto, amigo, no exagero nada. El hombre que sale de un calabozo obscuro, de una cueva inaccesible, donde ha pasado largo tiempo atado con pesadas cadenas que le oprimen y agobian, cuando puesto en libertad ve la luz, y empieza á gozar de la suavidad del zéfiro, y de la claridad del dia, no se siente mas ligero ni mas consolado que yo me sentía entónces. Todo era nuevo para mí. El cielo me parecía mas plácido, la luz mas apacible, y toda la naturaleza mas hermosa. Y si el primer esfuerzo de un tan indigno pecador produce en su alma una transformacion tan prodigiosa, ¿cuál debe ser la felicidad del santo, que despues de mucho tiempo tiene su corazón en el cielo, y vive con su Dios?

Llegamos á mi estancia; el padre me dijo: Dios se ha servido de darnos luz y tiempo para dar fin á esta obra de su misericordia. Bendito sea. La primera ocupacion de vuestra vida sea, señor, darle cada dia gracias por tan incomparable beneficio, y que vuestro único cuidado sea pedirle el don especial de la perseverancia, y trabajar por no perder sus frutos; pero no es esto de lo que quiero hablaros ahora: es razon dar un intervalo á vuestras tareas. Para que el celo se mantenga, es prudencia no fatigar el espíritu. Después hablaremos de los medios convenientes para censervar el precioso tesoro de la gracia.

Ahora solo queria deciros, que despues del tiempo que pasais en esta casa, todos los que la habitan y nuestro superior hubieran venido á ofreceros su respeto; pero yo he sido la causa de que no lo hayan hecho. Yo no he querido que en estos dias de salud, en momentos de propiciacion tan favorables, en que os disponiais á cooperar con las influencias celestiales, nada interrumpiese tan importantes y serias ocupaciones, ni causase la menor distraccion á vuestro espíritu; pero ahora que por la gracia del Señor habeis dado fin á vuestros ejercicios, si lo permitis, nuestro superior y algunos de nuestros padres mas ancianos se disputarán la honra de ofreceros sus servicios, y acompañar algunos ratos vuestra soledad.

Ha mucho tiempo, padre, le respondí, que deseo saber qué casa es esta, adonde el cielo me ha conducido, en que se me trata con tanto desinterés y caridad, y donde he encontrado el hombre que me ha destinado el cielo para sacarme del abismo de miserias en que estaba sumergido. Muchas veces os he querido hablar de ello, expresaros mi reconocimiento, y pedir os me insinuáseis los medios de manifestarle á quien debia. Vuestro ardiente celo, siempre ocupado en salvar mi alma, y en instruirme de cuanto veiais que ignoraba, no me ha dado lugar para lo que pudiera hacer. Por otra parte estaba persuadido á que puesto por Dios en vuestras manos, debia obederos ciegamente, sin desviar con mi curiosidad ó mi solicitud los impulsos con que la bondad divina me encaminaba por vuestra direccion: creia que nada era mas del caso que dejarme conducir y manejar por vuestra prudencia; y pues os dignais vos mismo de hablarme, no debo deciros sino que estoy dispuesto á cuanto me ordeneis.

Nosotros somos, señor, me dijo el padre, sacerdotes que venidos de diferentes países nos hemos juntado en este retiro, para evitar los peligros del mundo, y vivir con la simplicidad evangélica. No vienen á esta casa sino los hombres desengañados que quieren dar á Dios, y á Dios únicamente, todos los momentos de su existencia. No nos obligamos á mantenernos en ella por tiem.



po determinado. Estamos solo porque queremos, y pudiéramos dejarla en cualquiera hora. Nuestra obligacion única es de seguir, miéntras estamos en ella, con fervor y fidelidad, la regla con que se vive; edificarnos con los ejemplos de los muchos santos que la habitan, y procurar no contristarlos con los nuestros.

A pesar de esta libertad, y á pesar tambien de que la regla tiene por objeto abrazar la perfeccion del Evangelio en toda su extension, se ven pocos que la hayan abandonado. Dios nos sostiene con su gracia; y vos, señor quedaréis edificado al ver en ella los ancianos y los modernos obedecer con el mismo ardor y la mas fervorosa solicitud los mas penosos de nuestros estatutos: veréis que el tañido de una campana regla todos nuestros movimientos; y admiraréis como á pesar de la edad y de las enfermedades, todos muestran con su agilidad la prontitud de su obediencia.

Nuestro instituto, señor, es salir cada año una ó dos veces, segun nos manda nuestro superior, de dos en dos á recorrer los pueblos comarcanos, y repartirles el pan de la palabra de Dios. Esto es lo que llamamos hacer misiones, y vamos cuando los magistrados del pueblo nos llaman, ó cuando algun motivo nos persuade ser oportuno. Dos de nosotros publicamos la mision en el pueblo, mas ó ménos dias segun su poblacion. Predicamos todas las tardes: uno de nosotros los instrú-

ye en la doctrina cristiana, y el otro les predica las verdades eternas para despertarlos del comun olvido, y convertirlos á su Dios. Las mañanas las pasamos en el confesonario; y el Señor que bendice nuestros trabajos nos da muchas veces el consuelo de ver útiles efectos de nuestro ministerio, ya instruyendo á muchos en las verdades necesarias para salvarse, ya volviendo á muchas ovejas descarriadas al rebaño de su Pastor. En efecto no podemos dejar de admirar en las verdaderas conversiones que vemos, la bondad del Señor sobre sus escogidos, y los poderosos esfuerzos de su gracia.

Cuando el tiempo de las misiones se concluye, ó cuando acabamos de recorrer los pueblos á que fuimos destinados, volvemos á esta casa á observar la comun disciplina, y aplicarnos con el mayor esfuerzo á aprender lo necesario para salir de nuevo. Nuestro superior arregla los tiempos y los destinos, teniendo cuidado de alternarlos; y por este medio miéntras la mitad de la comunidad está en las villas y lugares instruyendo ó exhortando á los pueblos, la otra mitad está en la casa aplicada á los ejercicios religiosos, á la observancia de nuestros estatutos, y á nuestra propia instruccion para repetir nuestras misiones con mas fruto.

Todos estamos subordinados á la direccion de un superior á quien profesamos obediencia, y que